

EL RADICAL

ÓRGANO DEL CÍRCULO LITERARIO DE LIMA

AÑO I

LIMA, 1.º DE MARZO DE 1889

N. 5

SUMARIO

EDITORIAL. — Ferrocarril de la Oroya	69
LITERATURA. — Torralba, último poema de don Ramón de Campoamor (continuación)	71
Idem—Patria, por Víctor G. Mantilla,	73
Idem—Tu boca, por G. Leguía y Martínez	74
Idem—La Lámpara Maravillosa por Pierres Sales, Traducida para 'El Radical'	74
CRÍTICA. — Amor de las madres. (Poema de don Ramón de Campoamor, por Carlos Rey de Castro	76
REVISTA DE LA QUINCENA	82

EL RADICAL

LIMA, 1.º DE MARZO DE 1889

Sentimos la muerte de la niña Rosa Amelia Cáceres, hija de S. E. el Presidente de la República.

Acompañamos á este magistrado en su justo duelo.

Ferrocarril de la Oroya.

I.

¿Porqué no entra el Gobierno en posesión del ferrocarril de la Oroya?

Tal es la pregunta que desde mucho tiempo atrás vienen haciéndose cuantos hombres de buena fe piensan en la suerte de nuestro país.

Respecto de esa línea han ocurrido circunstancias tan anormales, y suceden, hoy mismo, co-

sas tan incorrectas, que es indispensable narrar sucintamente los principales hechos para que los pueblos vean el modo como sus apoderados desempeñan sus poderes.

II.

Nadie ignora que el Gobierno de don Miguel Iglesias celebró con Grace un ilegal y oneroso contrato sobre la prolongación del ferrocarril de la Oroya, explotaciones de minas, socavón del Cerro de Pasco etc.

Grace, una vez firmado su contrato, se limitó á explotar la productiva línea del Callao á Chicla, sin construir una vara más de rieles, aumentar el material rodante ni cumplir con ninguna de las cláusulas ventajosas al país. Un adelanto, sobre que se ha glosado mucho, fué la única utilidad reportada, nó por la nación sino por el Gobierno.

Con la caída de Iglesias, y entrada de Cáceres á Lima, se figuraron los buenos de espíritu que llegaba la hora de establecer un nuevo régimen cimentado en el arreglo de las finanzas y en la extirpación de abusos y corruptelas. Todos se dijeron: "Ya estamos escarmentados con los « chilenos y con el hombre de Montán; ahora sí « que principia la verdadera regeneración"

La Junta de Gobierno, cuya memoria pesa y pesará sobre el país, nada de provecho realizó, limitándose á seguir las insinuaciones del candidato á la presidencia, á intervenir en las elecciones, á pagar créditos de dudosa procedencia y á otras miserias que sería inútil recordar aquí: estaría de más afirmar que fué tolerante y hasta condescendiente con Grace.

La Legislatura de 1886 parece que tuvo por único fin elegir presidente de la República. Respecto al ferrocarril de la Oroya, completo silencio en Ejecutivo y Legislativo. Alguien quiso mover el asunto, la prensa dijo algo; pero nada se logró conseguir.

Reunida la Legislatura Ordinaria de 1887, algunos hombres de buenas intenciones inician en la Cámara de Diputados, el 2 de Octubre, el

proyecto de recoger, ó más bien recuperar el indicado ferrocarril.

El *proyecto* se aprueba en Diputados, y pasa como es de ley á Senadores; pero en esta Cámara se retardan los informes, se prolongan las discusiones, hasta que al fin se aprueba el *proyecto*; eso sí con algunas modificaciones buenas y malas, entre las que solapadamente se introdujo una adición grave y sustancial que bastaba por sí sola para inutilizar todo lo acordado por la Cámara de Diputados; esa adición fué autorizar al Gobierno para que en la recuperación del ferrocarril procediera administrativa ó *judicialmente*, cuando en Diputados sólo se había decretado el modo administrativo.

Conviene no olvidar que el Senado, con su estudiada demora, consiguió impedir que la Legislatura Ordinaria de 1887 sancionara el *proyecto*, pues no hubo tiempo para que la Cámara de Diputados discutiera las modificaciones introducidas. También, al agregar la condición de *ó judicialmente*, pretendía introducir el germen de una interminable zizaña. ¿Quién no sabe en el Perú lo que es recuperar judicialmente una cosa?

Terminó, pues, el Congreso Ordinario de 1887 quedando pendiente en la Cámara de Diputados la revisión del *proyecto*.

El Ejecutivo convocó inmediatamente á Congreso Extraordinario; pero no señaló como uno de los objetos de la convocatoria el solucionar la cuestión del ferrocarril de la Oroya. El Ejecutivo ignoraría, tal vez, en esa época, la aflictiva situación del Erario, cuando no juzgaba indispensable recuperar un ferrocarril que según cálculos segurísimos deja el producto libre de mil soles diarios.

Vino la Legislatura Ordinaria de 1888. La Cámara de Diputados, desde sus primeras sesiones, toma en consideración el *proyecto* y desecha aquel *malicioso* apéndice de *ó judicialmente*, declarando de una manera clara y perentoria que el ferrocarril de la Ornya debía recuperarse administrativamente.

Al saber el Senado lo resuelto por la Cámara de Diputados, suscita la enojosa cuestión de cual de las dos Cámaras debe *insistir*.

Cada Cámara sostiene que la otra es la insistente: hay discursos acalorados, largas discusiones, avinagramiento de ánimos; y el desacuerdo llega á tal punto que Diputados y Senadores se mantienen por algunos días en un verdadero entredicho. Por fin, el Senado, con mala voluntad y cediendo á la fuerza de la opinión pública, se resigna á ser la Cámara *insistente*.

Se reúne Congreso pleno para tratar de la *insistencia*, y triunfa lo resuelto por la Cámara de Diputados.

Con esto quedó sancionada la ley, que inme-

diatamente fué comunicada al Ejecutivo para su cumplimiento.

Conviene no olvidar tampoco que el Senado con sus nuevas dilaciones, originadas por la *insistencia* y el *entredicho*, consiguió que el Congreso no tuviera tiempo de promulgar la ley, pues para hacerlo se necesita, según la Constitución, que trascurren diez días sin que el Ejecutivo lo haya verificado.

Viene la primera Legislatura Extraordinaria de 1888, y como el Ejecutivo no ha promulgado la ley sobre el ferrocarril de la Oroya, el Presidente del Congreso hace la promulgación.

El Ejecutivo, que en esa ocasión estaba ya ligado á Grace con estrechísimos vínculos, y sólo pensaba en sacar triunfante el Contrato con los tenedores de bonos, no se conformó con lo resuelto por el Cuerpo Legislativo, y puso en juego medios que si no le honran mucho, le han producido hasta hoy muy buenos resultados.

Como convenía salvar las apariencias, pues los abusos cometidos en el ferrocarril de la Oroya son de tal naturaleza que los palpa un idiota, hubo necesidad de hacer algo favorable á Grace, pero un algo que no se trasluciera como defensa á las claras. Veamos lo que se ideó.

En la misma primera Legislatura Extraordinaria de 1888, había promulgado el Presidente del Congreso una ley por la cual se declaraban sin lugar las observaciones del Ejecutivo á la resolución legislativa, que anulaba el decreto del Gobierno sobre doble impuesto al alcohol y reducción á uno solo. El Ejecutivo devuelve la ley al Congreso, acompañándola de una nota en que para negar á los Congresos Extraordinarios la facultad de promulgar leyes, alega el Ministro Aspíllaga razones especiosas, traspasa los límites de la cortesía y descubre su completa ignorancia de las prácticas parlamentarias.

La inconveniente nota del Ministro pasa á la comisión mixta de constitución, es decir, á la de ambas Cámaras; hay dictámenes de mayoría y minoría; ésta no lo expide, pero la mayoría sí presenta el suyo en términos legales y enérgicos, llegando á pedir un voto de censura contra el Ministro que tal nota dirigía al Congreso.

Felizmente para Grace y Aspíllaga espiraba ya el plazo de 45 días. Era la última sesión diurna del primer Congreso Extraordinario de 1888; hay muy largas y acaloradas discusiones que terminan con una resolución del Presidente del Congreso: se ordena que la minoría presente su dictamen en la sesión nocturna y de clausura, pues de todos modos, con dictamen ó sin él, se procederá á discutir y votar el punto en cuestión.

Se efectúa la sesión nocturna bajo la presidencia de Valle, y las cosas toman el mal sesgo

que era de temerse: el Congreso resuelve que no se prescindiera del dictamen de la minoría. El país conoce las indignas maquinaciones que se pusieron en juego.

Con esa evolución, por no llamarla de otro modo, se consiguió dejar pendiente la cuestión de si un Congreso Extraordinario podía ó nó promulgar leyes; y así, ocupándose ostensiblemente de la ley de alcoholes, se dejó en el mismo caso de incertidumbre la ley sobre el ferrocarril de la Oroya promulgada también por el Presidente del Congreso.

El plan fué bueno y bien ejecutado.

El último Congreso extraordinario, que por su barra mercenaria y aventurera es digno de llamarse:

«*El Congreso del bandolerismo*», no se ha ocupado más que del *Contrato*. El Ejecutivo tampoco había incluido en la convocatoria el asunto del ferrocarril de la Oroya. ¿Era posible que lo incluyera?

III

De todo lo anterior se saca una consecuencia: el Ejecutivo no ha querido ni quiere cumplir la ley sobre recuperación del ferrocarril de la Oroya, apesar de que el señor Alzamora declaró solemnemente que se cumpliría si el Congreso la sancionaba.

Ahora bien, nosotros preguntamos: ¿qué vínculos hay entre Grace y nuestros hombres públicos para que Senado y Ejecutivo se conviertan en sus abogados?

Una ley especial anula todos los actos de Piérola é Iglesias; pero esa ley que debería aplicarse á casos de interés general como el ferrocarril de la Oroya, sólo se ha cumplido, se cumple y se cumplirá para satisfacer venganzas personales ó favorecer á sempiternos perseguidores de cargos públicos.

Se habla de nuestro Erario empobrecido, sin recursos; y Grace en los años que indebidamente posee nuestro ferrocarril de la Oroya ha ganado más de *un millón de soles*.

Duele, indigna pensar que esos 30,000 soles mensuales, destinados hoy á repletar las arcas de un mercader, podrían aplicarse á necesidades tan urgentes como:

La guardia nacional,
Los maestros de escuela,
Las viudas é indefinidos,
La policía rural,

O la venida de nuestras dos cañoneras, es decir, de nuestra cañonera, pues una parece que fué ya vendida, ¡quién sabe si á vil precio!

Pero el ferrocarril de la Oroya representa el arca santa: nadie puede tocarle.

Confesémoslo: en esa línea se guarda el ar-

enal del Contrato y contará uno y mil defensores.

Hay más de una mano que se extiende hacia Grace para mendigar el mendrugo diario; hay más de un espinazo que se arquea delante de Grace para recibir órdenes y consigna; hay más de una pluma venal que busca tinta y veneno en la bilis de Grace para estampar la calumnia y la difamación á tanto la línea; hay más de una conciencia..... ¡para qué decir todo lo que hay cuando todos lo sabemos muy bien!

LITERATURA

TORRALBA.

ÚLTIMO POEMA DE DON RAMÓN DE CAMPOAMOR.

(Continuación)

CANTO TERCERO.

LA MUJER DEJA AL HOMBRE POR EL DIABLO

I

Va á nuestro cuerpo unida
una sed de pasiones tormentosas.
Como el sol es la vida de las cosas,
el amor es el alma de la vida.

II

Zaquiél, aleccionado en su aventura
por el dios del infierno,
se bajó de aquel monte, cuya altura
no ve más estaciones que el invierno,
y, vestido de diablo,
ya no supo explicarse
cómo pueden estar sin adorarse
un santo y una santa en un retablo.

III

Viendo á Zaquiél en diablo convertido,
miraba Catalina
su amargo sonreír de ángel caído,
sintiendo esa divina
tentación que da el fruto prohibido.
Entregada al amor con vivo anhelo,
Catalina Beltrán da testimonio
de que al caer en brazos del demonio
en medio del infierno hallará un cielo.
Y ya ve que en su rápida caída
duplica su ilusión, cuando encendida
sigue á Torralba y de Zaquiél se aleja,
y cuando al hombre por el diablo deja
triplica el sentimiento de la vida.
Y por más que os asombre
os diré que la joven de que os hablo
si al ángel lo ha dejado por el hombre,
después dejará al hombre por el diablo.

IV

En uno de los días de esos meses
 en que arden las arenas en verano,
 y en que un aire africano
 pega fuego en las eras á las mieses,
 el espíritu de ella, detenido
 en el umbral querido
 de sus castos amores,
 tomó al fin como César su partido.
 y pasó el Rubicón de sus pudores.
 Zaquiél es natural que se prometa
 hacer, á su venida del infierno,
 de Catalina una mujer completa,
 pues su madre era hija y ella nieta
 de ese sol andaluz que, hasta en invierno
 de la tierra los gérmenes inquieta.
 Y además es axioma convenido
 que la ciega corriente de las cosas
 lleva antes al amor, luego al olvido,
 á esas almas que marchan orgullosas
 sobre cuerpos de barro mal cocido,
 y nunca hay fortaleza
 que guarde la pureza
 de un alma que ya piensa en lo profundo.
 ¿Puede más la brutal naturaleza
 que todos los ejércitos del mundo!

V

Será el amor sin orden un pecado;
 más ¡cuántas veces, de sufrir cansado,
 ese cielo que enfrena
 la marcha general de lo creado,
 llevándonos al bien, desencadena
 el desorden, que ordena
 todo aquello que está mal ordenado!

VI

Catalina ama ya con turbulencia,
 y, como lentamente
 caía de su frente
 el tul de la inocencia,
 fué ocupando su mente
 la zona ecuatorial de la existencia:
 y cual muchas mujeres que yo he amado
 es una niña honrada, que desea
 querer á un hombre de honradez, que sea
 más bien que angelical, endemoniado.
 Queriéndola enseñar por experiencia
 que amar al natural es la gran ciencia,
 el diablo, que la inspira
 el fuego de un amor sin inocencia,
 le hace pensar si es una gran mentira
 la pasión que no turba la conciencia.
 La que toca en lo real está perdida,
 pues la carne encendida
 al idealismo ultraja,
 y es el amor en su expresión más baja
 el hecho inexorable de la vida.
 Linneo y otros célebres autores
 creen que un germen fecundo
 hace arder en amor hasta á las flores,
 probando que convierten los amores
 en un inmenso lupanar el mundo.

VII

Jamás nuestra flaqueza
 se podrá resistir á la belleza,

si ayuda á exagerar nuestros deseos
 la gran naturaleza
 ese antiguo Dios Pan de los ateos;
 y aunque llegan á ser locos de veras
 los hombres y mujeres
 cuando idolatran seres
 elevados al rango de quimeras,
 en las luchas de amor, si bien se mira,
 la realidad es la verdad de todo,
 y lo ideal es una gran mentira.
 Lo que nace del lodo vuelve al lodo,
 y acaba en arenal toda Palmira.

VIII

Nadie resistiría
 esta vida de horrores
 ni el espacio de un día,
 si se pensase en calma
 con cuantos sinsabores
 nos cobra el cuerpo el alquiler del alma.
 Ved cuanto al hombre de ilusión le humilla
 la terrible enseñanza
 de que siempre en el fiel de la balanza
 pesa más que nuestra alma nuestra arcilla.
 Vosotros los que véis como testigos
 que en los hechos humanos
 si el cuerpo es el más ruin de los amigos,
 el alma es el peor de los tiranos.
 ¿cuándo pensáis que acabará esta guerra
 por la fé del amor eternizada?—
 ¡ Cuando se apague el sol, muera la tierra,
 y vuelvan las estrellas á la nada!

IX

Al fin, después que llega
 el día en que, caliente
 un viento de poniente
 lleva el polvo de Cádiz á Noruega,
 imitando el amor sublime y tierno
 de Francisca y de Pablo
 la unión de Catalina con el diablo
 ya era el drama del cielo en el infierno.
 ¡Ay! cuando cae un alma inmaculada
 de la impureza en los hediondos senos,
 ¿que sucede en el mundo? Casi nada;
 ¡un pesar más, y una inocencia menos!

X

Como es nuestra alma esclava
 de la vil realidad que la deprava,
 y es el amor más púdico y más tierno
 fuente que empieza en el edén, y acaba
 de rompiente en rompiente en el infierno,
 ¡Catalina querida!
 ¡antes que yo, con alma empedernida,
 acrimine el error de tu alma tierna,
 quiera el cielo piadoso que mi vida
 caiga en el sueño de la paz eterna!
 ¡ Si condenáis, Dios mío,
 el amor de las pobres Catalinas,
 ¿qué será el mundo entonces? ¡Un vacío!
 ¡una ruina de ruinas de otras ruinas!
 ¡crucifixión del alma en el hastío!

¡PATRIA!

Otra vez, otra vez, ven á mi mano
lira de los ardientes corazones;
yo cantaré con estro soberano
de la Patria las hondas aficciones;
no escuchará tus notas el enano
de espíritu servil, no son tus dones
para el que tiembla ante enemiga espada
como débil mujer y se anonada.

Hombres, los que lleváis en la memoria
vivo el recuerdo de la patria herida,
para vosotros cantaré con gloria,
pues vosotros tenéis savia de vida,
que ha de dar una página á la historia
cuando vibre el clarín la apetecida
nota de la venganza, y la siniestra
hoja del odio irradie en cada diestra.

Vosotros escucháis el clamoreo,
el ¡ay! desgarrador de la cautiva
que ayer luciendo militar arreo,
con luz de gloria en la pupila altiva,
rindió á la patria el inmortal trofeo
de sus hijos, que en fiera comitiva
derramaban la sangre de sus venas
para teñir en sangre sus cadenas.

¿Qué voz, oh, Tacna, lamentó tu suerte,
qué rudo acento al invasor maldijo,
cuando te viera encadenada, inerte,
y en la venganza el pensamiento fijo?
¿Cuándo entonabas tu canción de muerte,
indiferente á tu dolor prolijo?
¡Tu misma madre retiró los ojos
de tus vestidos en tu sangre rojos!

Y era todo lamento de mujeres,
algazara de viejos impotentes
que buscaban consuelo en los placeres:
coronas de oropel para sus frentes.
¡Ah! ¿dónde estabáis varoniles seres,
dónde vuestras espadas refulgentes
en ese instante en que invadía á mares
el humo del cañón vuestros hogares?

En las horas solemnes de la noche,
cuando busca la tórtola el granado,
y abre la flor el purpurino broche
á los besos del céfiro pausado;
¿no sentís una voz como un reproche
que el sueño criminal os ha turbado?
Esta es la voz que os hiere los oídos:
¿porqué dormís, vosotros los vencidos?

¡Arriba, juventud! Piensa, trabaja,
abre tu corazón al patriotismo,
pues tu reposo femenino ultraja
del guerrero ya muerto el heroísmo;
aguza el filo á la mortal navaja
aún con la furia del infierno mismo:
que á la llamada del clarín guerrero
responda brillador listo el acero.

Madres, las que lloráis al hijo tierno,
lágrimas de venganza el sol alumbre;
no llegue á vuestros pechos el invierno
de una vil y tranquila pesadumbre;
al que nazca infundidle un odio eterno,
que á odiar al enemigo se acostumbre,

y que dé el primer paso, sino sabio,
con la frase de Aníbal en el labio.

Niñas, las de los ojos de paloma
y grata voz que el corazón conmueve,
dejad la cita que la aurora asoma
sobre la cumbre de perpetua nieve;
haced el pan de que el guerrero coma,
buscad el agua que el guerrero bebe,
y el beso reservad de la partida
para darlo cual dulce bienvenida.

¡Visión del patriotismo, tu no engañas!
yo los miro aprestarse á la pelea;
miro el odio que hierve en sus entrañas.....
¡que mi visión sólo visión no sea!.....
¡Cuánto hierro hay, oh, patria, en tus montañas,
cuanta lanza en tus bosques no cimbre!
Arriba, juventud! ya llega el día
de herir el rostro del que ayer te hería!

¿Véis hacia el Sur?—Una región dilata
sus campiñas, sus bosques y praderas,
la abundancia, la gloria se retrata
en campiñas, en selvas y laderas,
y todo es vuestro, puede ser, la ingrata
hermana del Perú lanzó las fieras
que nuestra fértil extensión robaron
y la suya pobrísima adornaron.

Vosotros, los alegres trovadores
de las horas de luna, haced rabiosos
astillas el laúd de los amores;
no exhaleis en cantares melodiosos
el jugo del cerebro; no clamores
de anémico laúd y quejumbrosos.....
¡Oh, mi patria infeliz, hora reclamas
la lira que al vibrar despida llamas.

Cantad, rugid con inspirado acento,
¿que más inspiración que la bendita
imagen de la patria en sufrimiento?
¿Véis?—cada brisa que su veste agita
muestra la cicatriz de algún tormento,
cicatriz que borrarse necesita
con una nota que arrebatte el viento
hasta el hogar del vencedor infame
y allí venganza á sus oídos clame.

Cuando los ojos del hogar querido
tornáis con la pupila inquisidora,
¿no falta en él el hijo que ha rendido
su aliento en cruda lid? ¿Planta opresora
no holló la tierra donde habéis nacido,
donde abristeis los ojos á la aurora
del sol que á Grau, el inmortal marino,
señaló de los buenos el camino?

¿No tenéis una hermana á cuya frente
lanzó los rayos de su audaz mirada
el chileno invasor — el insolente
favorito del hado — y la cuitada,
sin el auxilio de su hermano ausente
no sintió fallecer su mano airada,
no sintió que su rostro enrojecía
de pudor, de vergüenza y de agonía?

¿No tenéis una madre cuyo beso
os ciñó la diadema del cariño,
la que llevó en su seno el dulce peso
del hijo del amor, el tierno niño?
¿Qué? — ¿no habéis visto en su semblante impuro

¿Signo difamador? — el blanco armiño
de su cutis ¿no hirió vuestra mirada
con la huella de horrible bofetada?

¿Dónde están los palacios que á la orilla
del azulino mar su frente alzaron?
¿quién al fuego entregó la maravilla
que el oro y el amor edificaron?
¿qué es sino escombros la famosa villa
que los tiernos poetas celebraron
entusiastas, aquella en cuya playa
corrió la infancia del glorioso Olaya?

¿Dónde los vasos del altar sagrado,
dónde las joyas de la virgen santa?
¿quién, con mano sacrílega, ha robado
del templo del Señor reliquia tanta?
Y aún hay sangre en las venas del malvado,
y aún existe la huella de su planta
doquiera en el hogar — ¿y el brazo inerte
tranquilos viviréis? — Tal vida es muerte.

Todo esto hay que vengar. Como fermenta
el jugo de la vid, en vuestro pecho
fermente el odio. Que el chileno sienta
vuestro grito tenaz junto á su lecho;
que ese grito le anuncie la tormenta
que arrastrará su pabellón deshecho
sobre talados bosques seculares,
sobre el agua maldita de sus mares.

Y eso será cuando en la selva el roble,
quiebre y desgaje sus robustas ramas,
y el Amazonas sus corrientes doble,
y tú, oh, mar, la furia con que bramas;
cuando resuene el bélico redoble
y arroje el Sol más vívidas sus llamas
y las olas del mar truenen: Victoria
y ronco el Ande repercuta: Gloria.

VÍCTOR G. MANTILLA.

TU BOCA.

En su dulce humedad tu labio pulcro,
Afrenta de la miel,
Eclipsa el rojo terciopelo suave
De rizado clavel,
¡Oh, qué dulce sepulcro
Para, en un beso que jamás acabe,
Rendir el alma y entregarla á él!

Y el rubio bozo de esa boca ardiente
Que inflama el corazón,
Eclipsa el blando imperceptible vello
De áureo melocotón.
Ese bozo á tus labios encendidos
Es dorado arrebol:
Así brilla en ocaso, todo llamas,
En su áureo lecho agonizante el Sol!

G. LEGUÍA Y MARTÍNEZ

1884.

LA LAMPARA MARAVILLOSA.

(TRADUCCIÓN PARA "EL RADICAL")

El antiguo sombrerero Julio Perronnet, su esposa Leontina y su hija Amelia, muchacha casadera, acaban de comer.

Amelia, conforme á los tradicionales usos de la casa, se ocupa junto con la criada en quitar la mesa, poner en el aparador la loza fina y apartar las sobras de la comida.

La mujer de Perronnet abre ya su libro de cuentas para asentar los gastos del día, mientras su marido coge el periódico, repasa el alza y baja de la Bolsa y se repantiga cerca de la estufa para saborear las novedades de la política.

Después de comer, la familia acostumbra quedarse en el comedor, pues el salón no se abre más que los jueves, día señalado para recibir. En el resto de la semana los muebles permanecen cuidadosamente envueltos en sus fundas, y cuando se hace indispensable atravesar el salón, todos caminan de puntitas, con miedo de malograr la alfombra.

No se figuren que Perronnet y su esposa sean unos avaros. Con muchas dificultades lograron adquirir un regular bodoque en la venta de sombreros, allá cuando el negocio de la sombrerería no estaba maleado por la competencia extranjera. Tienen sí sus manías, y como nunca estuvieron acostumbrados á salón, casi no usan hoy el que amueblaron lujosamente al comprar la casa que habitan. En esta hermosa finca, que les produce unos 12,000 francos al año, conocen á los más humildes inquilinos, desde los del sexto piso hasta el frutero y el vinero, situados á derecha é izquierda de la puerta principal.

Tres veces les han pedido la mano de su hija; pero como pecan por desconfiados, se imaginan que los novios cortejan á los 100,000 francos del dote de Amelia, á la casa y á los 200,000 francos más, cosas que forman lo que en estilo matrimonial se llama esperanzas. Recientes historietas de la chismografía parisiense les hacen ver en todo hombre casadero un atrapador de dote.

Quieren escoger segura y prudentemente; pues, á decir verdad, no les falta ganas de engreír á unos cuantos nietos.

Quitada ya la mesa, Amelia sirve á su padre una copita de cognac, se sienta y hojea periódicos de moda.

De tiempo en tiempo, cuando Amelia parece más absorta en la lectura, Perronnet y su mujer toman un aire misterioso y cambian palabras á media voz, pero apenas su hija levanta la cabeza, enmudecen ó hablan de las mejoras que conviene verificar en la casa.

A eso de las nueve y media los tres guardan silencio y paran el oído como en actitud de esperar algo: ese algo es un paso firme y acompasado que empieza en los escalones bajos y termina en el sexto piso. Ninguno de los tres murmura una sola palabra, sino que piensan con marcada satisfacción: ¡"Entró ya!"

A los pocos segundos, Amelia besa á sus padres y se retira.

Cuando marido y mujer quedan solos, el marido dice:

— ¡Qué regularidad!

Y la mujer agrega:

— ¡Efectivamente, es un hombre de orden!

A las diez dos golpecitos suenan en la puerta del comedor: la portera viene á cerrar las llaves del gas y á referir las novedades del día.

Como no hay mucha tela de que cortar, la conversación recae inmediatamente sobre el inquilino del sexto piso; pero hablan en voz baja, con la precaución de cerrar la puerta del corredor que conduce al cuarto de Amelia.

— Y ¿qué hay, señora Mayeux?

— Hay, señora, que esta mañana volvió á darme su alcuza para que le comprara Kerosene.

— ¡Cosa nunca vista!, exclama la mujer de Perronnet, mientras éste aparta la cortina, contempla una ventana del sexto piso, y exclama á su vez:

— ¡Ya está encendida!

— ¡Qué energía!, agrega la mujer de Perronnet.

— Y ¿cómo es esa lámpara?

— La ví el día que se mudó aquí: se empeñó en subirla con sus propias manos él mismo. Es una lamparita de porcelana azul.

— La lámpara del trabajador, cáspita!, repitió solemnemente Perronnet. ¡Ah, ya le distingo! se asoma á su ventana fuma su cigarro.

— Bien se le puede permitir esa golloría, Perronnet. ¡Antes de velar en el trabajo! Señora Mayeux, no se olvide usted mañana de avisar á ese joven que venga para firmar su contrato de arrendamiento. Buenas noches.

Una hora después, toda la casa queda sumergida en profunda oscuridad, menos esa ventana del sexto piso, que brilla toda la noche y amanece brillando.

Recien penetra el sol por la ventana del sexto piso, y Estanislao Menorval se ocupa en arreglar su habitación, porque no es suficiente rico para servirse de un criado. Luego contempla por un instante los techos que forman su horizonte, el patio, y desciende para dirigirse al banco donde ocupa una modesta plaza con 180 francos al mes.

Cuando la portera le avisa que debe ir á las habitaciones de Perronnet para firmar el contrato de arrendamiento, contesta:

— Bien, iré á la noche.

Y se aleja sin volver la cara. Si se antojara de voltearse, distinguiría en la ventana de Amelia una cabecita negra; y si penetrara la opinión que Amelia se forma de él se enorgullecería, pues la joven piensa para sí:

— ¡Qué buen mozo!

Y es buen mozo á las derechas: alto, trigueño, barba fina, bigote crespo, mirada que seduce con la expresión de una serena felicidad,

Come un trozo de pan en el camino; y llega el primero á su escritorio. Sus compañeros le preguntan si vive contento en su nueva casa.

— ¡Contentísimo!, responde: una casa tranquila, silenciosa de noche, en fin, á pedir de boca.

Trabaja todo el santo día, consagrado á su obligación, pensando sólo, como más de una vez pensaba, que si el año concluye bien le subirán el sueldo á 200 francos, cosa que por ese momento constituye toda su ambición.

Por la noche, á vuelta de una comida sobria pero nutritiva, se dirige á las habitaciones de Julio Perronnet, sin imaginarse la curiosidad que despertaba en todos los miembros de esa familia. Le reciben en el salón profusamente iluminado con ese objeto. Perronnet y su mujer que le aguardan desde hace rato y Amelia que le atisba por las rendijas de una puerta, descubren que Estanislao posee mucha gracia en sus modales.

Minuciosamente le interrogan á cerca de su vida, de su familia que habita en una provincia y de sus trabajos. Perronnet le felicita por su ardor en el estudio y la esposa de Perronnet le aconseja no gastar su salud.

Da multitud de gracias, algo sorprendido de esas maneras paternales á que no le han acostumbrado sus antiguos caseros, firma el documento, y se recoge á su cuarto, donde no tarda en brillar la lámpara, que sigue brillando hasta el amanecer.

Al cabo de un mes llega á tal extremo la curiosidad de la familia, que marido y mujer hablan sin reparo alguno delante de Amelia.

Esa lámpara de trabajador ha bastado para grangear á Estanislao una reputación maravillosa. Ya piensan que por tener padres ancianos á quienes auxiliar, recurre á trabajos suplementarios; ya se le figuran un sabio, un

descubridor, un futuro bienhechor de la humanidad, y Perronnet exclama:

— ¡Qué constitución tan robusta! Pasar tanta mala noche, y conservar tan buen semblante!

Verdaderamente, á pesar de su lámpara, Estanislao Menorval conserva una cara que vende salud. Hombre tan sano, tan metódico, tan buen hijo, tan instruido ¿no es el marido soñado para Amelia?

Esta no había sido consultada, y á decir verdad, la lámpara maravillosa no ejerce mucha influencia sobre ella, lo que no impide que siempre encuentre pretexto para bajar la escalera en el momento preciso que se recoge el inquilino del sexto piso. Como el joven Estanislao no cuenta con dinero que gastar en diversiones, se recoge temprano. Amelia le nota muy amable en su saludo.

La mujer de Perronnet está resuelta á conceder esperas si Estanislao no abona con puntualidad su arrendamiento; pero llega el fin de mes y el inquilino paga religiosamente.

— ¡Hombre perfecto!

Por fin Amelia, á quien la situación parece ya muy tirante, dice á su madre:

— Mamá, el señor del sexto piso debe aburrirse mucho; ¡estar solo, todas las noches!

Estas palabras son un rayo de luz para la mujer de Perronnet, que dice á su marido:

— ¡Perronnet, el corazón de nuestra hija acaba de hablar!

Estanislao Menorval queda boquiabierto al recibir de sus caseros la invitación á tomar té en compañía de algunos amigos de confianza.

Viene, se muestra amabilísimo, canta romanzas en unión de Amelia, y se fija en que su compañera es una graciosísima morena. La mujer de Perronnet no cree lo que ve, ¡Este hombre tan grave, tan trabajador, este descubridor infatigable, canta romanzas! Á sus ojos adquiere las proporciones de un héroe novelesco. Ve ó más bien acaricia al cantor y á su hija con miradas maternales.

Perronnet persiste en su idea fija:

— Debe ser sólidamente constituido!

Sin embargo, se imagina que después de esta reunión de familia la ventana de Estanislao ha de permanecer oscura siquiera por una noche, que el joven ha de concederse siquiera una noche de reposo.

Esa noche, lo mismo que las anteriores, la lámpara maravillosa ilumina la ventana del trabajador.

Amelia se acuesta feliz y disfruta de inefables ensueños.

Á esta primera velada de familia sigue una segunda y otras muchas en que Amelia y Estanislao aprenden nuevos dúos y tocan á cuatro manos. Hasta llegan á ir juntos á la Opera Cómica, donde Estanislao obsequia un ramillete á la mujer de Perronnet y dulces á Amelia.

Entre tanto, Perronnet se informa de las condiciones comerciales de su inquilino: llega á saber que Estanislao es tan ejemplar en su vida comercial como en su vida privada, no faltándole para adquirir una elevada posición más que la base de un capital, lo que naturalmente hace pensar al bueno de Perronnet en ¡la dote de Amelia!

Consultados los amigos de confianza, están unánimes en que Estanislao es un joven amabilísimo: saben sus labores nocturnos; pero por una delicadeza, fácil de comprender, no se dan por entendidos, dejando sí traslucir que el joven trabaja por socorrer á sus ancianos padres.

Manifiesta un admirable desinterés, pues vive enamorado de Amelia, y viéndola rica no se atreve á pedir su mano. La joven tiene que dar el primer paso, comprendiendo lo que sucede en el ánimo de Estanislao, así que cierta noche le dice entre romanza y romanza:

— ¿Porqué no nos casáramos?

Se sonroja primero y en seguida confiesa con la mayor sinceridad del mundo que no desea otra cosa, pero que toda su entrada se reduce á un empleo de 180 francos al mes. Esta confesión, hecha con una tierna mirada, con-

suma la conquista de Amelia, y se decide el matrimonio. En todos los preparativos de la boda, en la compra del ajuar y hasta el día de la ceremonia la lámpara amanece encendida.

— ¡Es demasiado, es demasiado!, repite Perronnet. Ahora no tiene ya derecho de comprometer su salud.

Después de la boda, celebrada con muchos regocijos, los esposos emprenden el acostumbrado viaje de novios, y Perronnet logra penetrar en el cuarto de su yerno.

Estupefacto ve unos cuantos libros, un cuadernillo de papel de cartas, una pluma sin dientes y un tintero con más concho que tinta.

— ¡Es que se ocupa de trabajos mentales! dice hablando consigo mismo, mientras coge respetuosamente la famosa lámpara y la lleva á la habitación que ha preparado para su yerno, habitación que llama cuarto estudio.

Hecho esto, aguarda con impaciencia la vuelta de sus hijos.

Estanislao y Amelia regresan felices y satisfechos; élla un tanto fatigada por el viaje, él siempre lozano, siempre buen mozo.

Después de una agradable velada de familia, los novios se retiran á sus aposentos, y Estanislao va en busca de su lámpara.

— ¡Su lámpara de trabajo!, exclama el suegro.

Estanislao responde sorprendido:

— ¿Lámpara de trabajo? no tal, es una lámpara como cualquiera.

— ¿Una lámpara como cualquiera?

— Si, no puedo dormir sin luz: con este santo remedio no hay miedo de ladrones y uno puede roncar á piana suelta.

PIERRE SALES.

CRÍTICA

EL AMOR DE LAS MADRES.

(POEMA DE DON RAMÓN DE CAMPOAMOR.)

I.

En uno de nuestros artículos anteriores hemos afirmado que la poesía del siglo XIX es la que quiso Lamartine; la poesía en que se canta la razón; y esto merece explicarse, máxime cuando en el mismo artículo agregamos que realizar la belleza es el fin supremo del arte.

Según nuestro modo de ver, al manifestar Lamartine que la poesía debía ser la razón cantada, no pretendió que en un trabajo poético se diese á la idea la primacía sobre la forma, sino procuró que los poetas se apartasen de esas vaciedades, de esas creaciones superficiales, de esas imitaciones serviles que nada dicen al espíritu, y se encaminaran por otros senderos; por aquellos en que la poesía, á par que el oído, satisface y halaga la inteligencia.

Es indiscutible que la forma, la *fermosa vestidura de la verdad* de que nos habla uno de los pocos marqueses que en España han tenido concepciones felices, importa mucho, muchísimo, en la poesía; pero también lo es que versos escritos con sujeción á todos los preceptos de la retórica, si encierran pensamientos absurdos ó no encierran pensamiento alguno, parecerán maniqués de modista cubiertos de ricos trajes.

Las exageraciones en el arte han sido siempre vituperables. Por eso ni los que aspiran a la existencia de una poesía docente, en la plena acepción de esta palabra, ni los que pretenden que la poesía sea sólo música y color, están en lo justo. Una idea bella (no importa su mayor ó menor utilidad) en una bella vestidura, es lo que constituye el ideal del arte moderno, la poesía del siglo XIX

anhelada por Lamartine y á que nosotros hubimos de aludir.

Campoamor es una prueba viva de lo que perjudican las exageraciones en el arte.

Al principio de su carrera literaria, este ilustre bardo procuraba armonizar la concepción y desenvolvimiento de sus ideas con la galanura de la forma en que las encerraba, realizando así, con frecuencia, la belleza en la totalidad de su manifestación y haciéndose, por consiguiente, acreedor al aplauso que le tributaron sus compatriotas y cuantos conocen la primorosa lengua de Cervantes.

Más tarde, engraido con sus triunfos, ó ya decadente su espíritu, se propuso fundar una escuela que fuera algo así como el reverso de la de Góngora; pero un reverso digno de tal anverso: que presentara prosaísmos y desaliño allí donde el autor de *Soledades* y sus numerosos discípulos descollaban por el amaneramiento, el cultismo ó la rimbombancia.

Fruto del original propósito de Campoamor es el libro que sobre poética publicó al frente de sus *Pequeños poemas*. Si ese libro se considerara sólo como la defensa de los procedimientos artísticos del cantor de Colón, merecería tal vez elogios: revela firmeza de convicciones, erudición amplia, y está escrito en estilo claro y conciso. Mas al recordar que Campoamor ha querido, antes que todo, que á sus mismos procedimientos se sometan, sin excepción, los que cultivan la poesía, no se puede menos que contener el elogio, pues él sería un estímulo para cuantos leyeran aquel libro, en que se pretende convertir el descuido en dogma y se tiende á la confusión de lo fácil con lo trivial, de lo natural con lo vulgar.

Los peligros de las teorías campoamorianas saltan á la vista de cualquiera, del más lego en estas materias, con la simple lectura del poema *El amor de las madres*, escrito por el mismo que las sustenta, y que publicó *La Revista Social* en su último número.

Alguien ha establecido un paralelo entre Campoamor y Richter, el famoso humorista germánico, y marcado en dicho paralelo las afinidades que se advierten en el espíritu y obras de ambos escritores, para deducir que tanto el uno como el otro se consagran de preferencia al estudio de lo pequeño con el fin de descubrir y presentar en relieve las grandezas que lo pequeño encierra.

Es incuestionable que existen similitudes entre Campoamor y Juan Pablo; mas el primero en su prurito de singularizarse ha llevado tan adelante sus ideales artísticos que, en repetidas ocasiones, no ha demostrado, como lo pretendía, lo grande sino lo ridículo de lo pequeño.

Tal ha acontecido, á nuestro entender, en *El amor de las madres*.

Pero no anticipemos apreciaciones y analicemos metódicamente este poema.

Analicemos! He aquí una palabra que suena como golpe de campana rajada en el oído de más de uno de nuestros literatos.

Predomina aquí la idea de que la crítica analítica, esa que descompone un todo para examinar cada una de sus partes y juzgar así el mérito del conjunto—no permitiendo que mediante las bellezas del cuño se nos dé por buena, moneda de mala ley—es una crítica dañosa á las letras patrias y que debe proscribirse.

Literato hay al cual hemos oído decir que en un país que no cuenta con una literatura formada, lo mejor es que se deje á los poetas en libertad; que la crítica les corta las alas de la inspiración y los anula; lo que equivale á decir que un terreno cuya fertilidad no tiene nadie porqué poner en duda, no se debe, si acaso es virgen, ni preparar ni sembrar, ó que cuando en un terreno fértil crecen á un tiempo, como sucede á menudo, árboles llenos de vigor y lozanía y plantas parásitas capaces de matar á éstos, lo más conveniente es cruzarse de brazos, esperar á que se forme el monte, para en seguida entrar á él, hacha en mano, derribando cuanto entorpezca el paso, hasta descubrir lo aprovechable, lo poco aprovecha-

ble que se haya librado de los estragos que causa en cualquier campo la falta de cultivo.

No señores: la crítica que se remonta de la análisis á la síntesis, que parte de aquélla para llegar á ésta, es la única que conviene en el Perú, donde tanto cerebro nuevo y tanta reputación deleznable han usurpado al mérito sus legítimos derechos.

II.

Volvamos al poema de Campoamor. Para que no se presuma que nos olvidamos de los respetos que corresponden á tan alta personalidad literaria ó que estamos infatuados porque se nos permite engalanarnos con el dictado de críticos, dividiremos nuestro trabajo en dos partes. La primera abrazará la crítica sintética, y la segunda la analítica.

Sabido es que Campoamor en todas sus producciones trata de encarnar alguna idea trascendental, algún pensamiento filosófico.

Nada tan cuerdo, pues, como inquirir cuál es esa idea, cuál ese pensamiento en *El amor de las madres*.

La labor no nos fatigará. Pocas veces se ha dejado comprender más fácilmente el por lo común quinta-esenciado poeta español.

Que:

«En cumplir con sus deberes
«las niñas y las viejas son iguales,
«pues siempre es el mayor de los poderes,
«la fuerza de las leyes naturales.»

es lo que se propone probar Campoamor en su novísimo trabajo.

Desde luego los medios escogidos para lograr la prueba no los estimamos acertados.

En la primera parte de su obra refiere el poeta que Ana, muchacha que comerciaba en pan, vió un día al ir de Poyillo á Pozuelo:

«á la vislumbre incierta
«de un sol que parecía amortajado
«á una muerta con traje destrozado
«y á una niña mamando de la muerta;»

y con tal motivo expresa la manera cómo aconteció semejante desgracia, empleando para ello un estilo en que se nota la presión que el realismo de baja ley ejerce ya en la Musa campoamoriana.

Indica que la madre, hambrienta, quería proporcionar alimento á la niña—quien á su vez se moría de hambre—y que en la imposibilidad de satisfacer su propósito, presa de terrible desesperación, se deshacía con las uñas la piel del pecho; que como la leche salía mezclada con púrpura, (sic) la niña escarmentada de una succión inútil, víctima del cansancio y del hambre, se durmió sobre el cadáver de la madre, en cuyo rostro quedó dibujada una sonrisa que Campoamor atribuye al placer que la mujer experimenta, aun en medio del sufrimiento, cuando cumple con los sagrados deberes que la naturaleza le impone.

En la segunda parte del poema, la hija de la pordiosera, á quien recoge Ana de sobre el cadáver de la madre, para encargarse de su cuidado, llega á ser

«..... una niña hechicera
«que aun se queda dormida mientras llora.»

Ana le compra una muñeca, á la cual la chiquilla colma de caricias y halagos; tanto que un día, en que el hielito era excesivo, se quitó la ropa que llevaba en el cuerpo, para ponérsela á su juguete. Con esto dió lugar á que el sueño la dominara del todo, y el frío le originase la muerte.

Como se ve, en el fondo de la primera parte de *El Amor de las madres* no hay novedad alguna. Una madre que

se sacrifica por conservar la vida de su hijo, es tema que en todas las literaturas se ha explotado con sobrada habilidad. La diferencia que es dable hallar entre los tipos de abnegación maternal ofrecidos en literaturas extrañas á la española, y aun en la española misma, y el que ahora presenta Campoamor, no favorece la reputación de éste.

El sacrificio de la madre en otras obras, no es un sacrificio estéril, sino un sacrificio proveniente de la lucha encarnizada y terrible que la miseria y el hambre sostienen con el mundo para arrebatárle las comodidades y el sustento de que, en ocasiones, se muestra el mundo tan avaro.

Una madre que desafía las inclemencias de Cielo y Tierra; que soporta una labor ruda, cruel, superior en todo á sus fuerzas, para ganar el pan de su hijo; que en su anhelo por conseguir ese pan, no repara en obstáculos ni se arredra ante los dolores más intensos; capaz de inmolar su honra en aras de su amor; semejante, no igual, á la *Fantina* de Victor Hugo, es una madre más heroica, más humana, que la cuasi protagonista del poema de Campoamor; y una madre así la hay en numerosas obras peninsulares y no peninsulares.

Que una mujer hambrienta se despedace el pecho para calmar el hambre de su hijo y que muera á consecuencia de la fatiga y de las amarguras que una tan rara manera de coadyuvar á la succión le produce, causa, indudablemente, admiración; pero esta admiración no dura sino momentos, porque no bien la ha sentido uno, cuando ya se pregunta: ¿y esa mujer que ha llegado á tan doloroso y trágico extremo, apeló á todos los medios que para evitarlo estaban á su alcance, ó su desgracia es debida á un punible abandono, á carencia de aptitudes para el trabajo, á esa dejadez característica de las razas orientales que prefieren sucumbir á moverse?

Campoamor ha pretendido retratar el tipo sublime del amor maternal, y lo que ha hecho es revelarnos, una vez más, que sangre árabe corre por sus venas. Para él ese tipo lo representa una mujer que muere heroicamente; pero sin dar un paso á fin de conservar su vida, que es la vida de su hija.

La inverosimilitud de la segunda parte es muy difícil que haya quien se atreva á colocarla en el terreno de lo controvertible.

Admitimos que una chiquilla se despoje de sus vestidos para abrigar con ellos á su muñeca, guiada del entrañable amor que le profesa; mas no que desnuda ya, presa de intenso frío, lejos de buscar los medios de mejorar su situación (medios sencillísimos, puesto que no eran otros que cubrirse con la ropa que antes tenía) se entregue al sueño

como si fuese un pájaro pequeño
que se echase en el fondo de una rosa,

y que así se quede muerta. Esto, con perdón de Campoamor, es simplemente ridículo.

Campoamor ha acostumbrado desfigurar la naturaleza y convertir á los personajes de sus obras en cifras que le han servido para resolver los problemas por él planteados. Poeta eminentemente subjetivo, lírico, no da más valor á lo externo que el de un medio para objetivar el proceso de su espíritu.

En *El amor de las madres*, aun considerados así, son defectuosos los personajes, excepción hecha de la panadera. Si pues lo que se propuso Campoamor fué demostrar que todas las mujeres cumplen fatalmente las leyes naturales ¿á que la creación de esa pordiosera sometida á una muerte asquerosa antes que admirable? ¿á qué extremar los sentimientos de la chiquilla hasta trocarlos en inverosímiles?

En la mayoría de los poemas que han precedido á *El amor de las madres*, si se descubren no pocos defectos de versificación, en cambio se encuentran una idea capital de primer orden y á cada instante bellezas sobresalientes.

tes. En este poema nó. A un pensamiento paupérrimo por lo vulgar, se unen un prosaísmo lamentable, continuas anfibologías, inverosimilitudes de detalle, construcciones gramaticales violentas, contradicciones frecuentes, defectuosa rima y extravagancias imperdonables.

La parte que hemos consagrado á la crítica analítica convencerá á los lectores de *El Radical* de la verdad de nuestras apreciaciones.

III.

«Luis Alfonso, es mi amigo más constante,
«mas debo declararos francamente
«que hallo poco galante
«que me obliga á que os cuente
«un hecho atroz que espantaría á Dante,
«hoy que, ya arrepentido, busco el modo
«de que jamás vuelva á mentar mi labio
«el mal de todos, como dice el sabio,
«y la infinita vanidad de todo.

Que Luis Alfonso sea ó nó amigo constante de Campoamor, suponemos que nada interesa á la mayoría de los lectores del poema que nos ocupa. El haber expresado tan insignificante dato es una de las puerilidades en que incurre el vate español afectando llanura ó naturalidad. Que escenas como las narradas en *El amor de las madres* pudieran espantar á Dante, es hipótesis sobrado atrevida, atentos al carácter del fiero gibelino y sus tendencias poéticas. Nosotros nos inclinamos más bien á creer que el autor de *La divina comedia* se habría sonreído ante las inverosimilitudes que, imaginándose pintar la realidad, deja Campoamor que escapen de su pluma. Por su fondo, por las ideas que contiene, no merecía el pasaje copiado la pena de haber sido escrito.

Aquello de que Campoamor esté arrepentido de mentar *el mal de todos y la infinita vanidad de todo*, por mucho que lo haya dicho Leopardi, tiene más de metafísico que de poético, y lo estimamos como una falsedad. Hay en los poetas españoles—y en algunos no españoles también—la manía de cantar indefinidamente, aún cuando comprendan que su cerebro ha perdido el vigor de la juventud, aún cuando estén persuadidos de que la Musa que los inspiraba ha envejecido junto con ellos, y que cuando les habla es para decirles nimiedades.

Pero el defecto capital del pasaje á que venimos refiriéndonos es la rima. Cinco consonantes en *ante* y *ente*, arrancan la más enérgica protesta contra las teorías campoamorianas. Y este defecto no sólo es del pasaje transcrito, como lo habrán notado ya nuestros lectores. Casi todo el poema está rimado con desinencias de verbos ó de palabras declinables, lo cual fatiga y mortifica. Campoamor asegura que si quisiera escribiría sin cambiar los consonantes, versos que encerrarán pensamientos distintos. Nosotros, con Leopoldo Alas, nos atrevemos á aconsejar, no al mismo Campoamor, pues demás sabemos que nos haría maldito el caso, sino á sus discípulos ó imitadores, que prefieran cambiar los consonantes, aún cuando los pensamientos sean iguales. Una idea repetida se tolera; un sonsonete prolongado obliga á arrojar de las manos cualquier poesía.

¡Qué Enero tan fatídico, Dios mío!
¡Hasta el agua del río
va aprisionando el hielo!
Cubre el país la nieve y luego el frío
hace un cristal en que se mira el cielo!

Díganos el más benévolo crítico si no son imperdonables las dos anfibologías que comete aquí Campoamor. Del contexto de los versos resulta un despropósito: que el agua del río es la que aprisiona al hielo, y el país el que cubre á la nieve, siquiera el poeta pensó expresar todo lo

contrario. Se ha censurado ya severamente la costumbre de suprimir en la dicción castellana las preposiciones, bastando para atestiguarlo el prólogo escrito por D. Juan Eugenio Hartzenbusch al *Diccionario de Galicismos* de Baralt.

Mas no son las apuntadas las únicas anfibologías de *El amor de las madres*. Adelante señalaremos otras.

¿Y hasta dónde es poético sentar que el frío hace cristales para que se mire el cielo? ¿No sorprende sobremodera que quien sostiene el principio de que la perfección en poesía es hablar como todo el mundo, ocurra á perífrasis tan rebuscadas cual esta, digna de formar parte del *Polifemo*?

Era blanca la bruma
y estaba todo blanco en aquel día,
pues sólo se veía
nieve en la tierra y en el mar espuma.

La hipérbole embellece, sin duda, la dicción poética, pero empleada con tino. ¿Quién creerá al señor Campoamor lo que en estos cuatro versos afirma? A lo que parece, el autor de las doloras, no satisfecho con desfigurar las pasiones humanas, con trocar al hombre en un instrumento de sus caprichos, quisiera modificar la naturaleza toda, exagerando aún lo secundario en ella. Además ¿no es excesivo escribir nueve versos para manifestar que hay mucho frío en el mes de Enero? Por la sobriedad se recomienda de veras un trabajo poético, y de la sobriedad se olvida con frecuencia nuestro ilustre vate.

Y sucedió que un día
en que, cual Juno, altiva y agraciada,
en su carro sentada,
volvía de la villa
de llevar una hornada.
de pan candeal de tierra de Castilla,
de su camino hacia el siniestro lado
á la vizlumbre incierta
de un sol que parecía amortajado,
vió una muerta con traje destrozado,
y á una niña mamando de la muerta.

Bastante hay que reparar en este trozo del poema. Primero: la repetición cansadísima de la preposición *de*, que priva de toda eufonía y claridad al verso, y acusa descuido lamentable. (Si Campoamor escribe la poesía como si fuera prosa, menester es recordarle que aún en prosa se vituperaría la abundancia de *partículas* iguales en periodos cortos.) Segundo: la alusión á Juno, que no guarda armonía con el tono general del trabajo. Tercero: el parecido dado al Sol, que no sólo es prosaico sino extravagante. Y cuarto; la frase *mamando de la muerta*, que peca por su crudeza. Nosotros creemos, como Alcalá Galiano, que en poesía es permitido llamar á las cosas por sus nombres; mas creemos también que ciertas descripciones producen mal efecto, y deben evitarse. Bueno está no hacer repulgos de empanada, como los franceses del siglo de Luis XIV, á vocablos de uso corriente; pero es censurable que la liberalidad en este orden nos conduzca á la grosería.

Vió una muerta con traje destrozado
y á una niña mamando de la muerta.
Mas ¿cómo aconteció? De esta manera:

Forzoso es conjeturar aquí que Campoamor va á referir cómo fué que vió la panadera la escena narrada. Sin embargo, no sucede tal cosa, pues el poeta, faltando al sentido gramatical del discurso, entra de lleno á enumerar los pormenores de dicha escena.

Mas ¿cómo aconteció? De esta manera:
poco antes de llegar la panadera
la madre, hambrienta, alimentar quería
á la niña que de hambre se moría,
y por sacar la leche de su pecho
con sublime despecho
con las uñas la piel se deshacía,
y como ya salía
la leche con la *púrpura* mezclada,
de una inútil succión escarmentada
la niña, casi yerta,
se quedó tan hambrienta y fatigada
que se durmió sobre su madre muerta.

¿Es aliñado, es poético, es correcto el pasaje que á estas líneas precede? ¿Ignoraba Campoamor que cuando el poeta provoca el asco desvirtúa en un todo el éxito de su obra? ¿No ha advertido que incurre en una contradicción al decir que la chiquilla se durmió sobre el cadáver de la madre, después de haber manifestado que la panadera la encontró mamando? ¿No es dable calificar de absurdo ese que Campoamor llama despecho sublime, como quiera que con destrozarse la carne la pordiosera nada lograba? ¿No choca la unión de las dos palabras *leche* y *púrpura*, usada la una en sentido figurado y la otra en sentido literal? ¿Por qué no escribió el poeta *nieve* y *púrpura* ó bien *leche* y *sangre* simplemente?

Si hubiéramos de analizar uno á uno los versos del poema, escribiríamos un libro, y, como lo comprenderán los lectores de *El Radical*, este no ha sido nuestro propósito. Justificadas como se hallan, en su mayor parte, las apreciaciones que hicimos al comenzar, sólo continuaremos ocupándonos en el estudio de aquellos trozos que contengan de un modo más saltante los defectos de *El amor de las madres*.

Desde ahora, y para impedir que se nos tache de parciales porque no señalamos bellezas en la obra de Campoamor, creemos preciso declarar que, á nuestro parecer, los versos copiados al pie son los únicos que merecen el calificativo de mediocres:

Mientras Ana dormía,
la niña que parece que sentía
no tener de mujer trajes y nombre,
pues, según un doctor que lo sabía,
cuatro años en mujer, son doce en hombre,
juzgó que la muñeca
como ella misma con razón querría
que Dios le diese el pan de cada día
untado con un poco de manteca,
y le da de comer torta de huevos,
manjar que la muñeca no comía;
y haciendo para hablar vocablos nuevos
por no saber los viejos todavía,
hallándose encantada
la llama encantadora,
y aspira á los honores de criada
nombrando á la muñeca su señora.
Al cumplir como madre estos deberes
no cabía de gozo en el pellejo.
¡Variará el corazón de las mujeres
cuando caiga de lo alto el sol de viejo!

No se nos oculta que la labor en que estamos engolfados es árida y monótona; pero tampoco se nos oculta que, al no haberla emprendido, se rechazarían nuestras opiniones como hijas del apasionamiento ó de la audacia. Aquí, [más que en parte alguna, impera el *magister dixit*. Aún habiendo procedido del modo que lo hemos hecho, sobrarán quienes nos acusen de presuntuosos y osados. «Vean ustedes—dirán—vean ustedes á estos borroneadores de papel, ridículos criticastros, zancudillos canijos, zumbando á las orejas del coloso español, de ese poeta cuya fama se extiende por toda la Tierra.» Afortunada-

mente á nosotros no nos preocupan esas murmuraciones desautorizadas, que, más que á nadie, dañan á los murmuradores, y continuaremos tranquilos nuestro cometido.

parecían los vientos desatados
un polvo de cristales triturados
que destrozaba el rostro y la garganta.

Si este símil no es forzado y gongórico, confesamos ingenuamente que carecemos por completo de gusto. Y á su extrañeza hay que unir los ripios en que abunda. Tres palabras (y con casualidad las tres que sirven de rima) podrían suprimirse sin menoscabo del sentido, Póngase en prosa el verso; léase así, y queda completo aquél: *parecían los vientos un polvo de cristales que destrozaba el rostro*.

Si los vientos destrozaban el rostro como polvo de cristales, es claro que estaban desatados; de ningún otro modo que triturándolo se torna el cristal en polvo, y viento que destroza el rostro, destroza la garganta: luego las tres palabras á que aludimos son tres ripios mayúsculos.

Y sintiendo un horror de cuerpo entero
asustada primero
de miedo ante el cadáver se retira,
pues da un frío mayor que el mes de *Enero*
un muerto que parece que nos mira.

Pedir que Campoamor *ahora* no prodigue asonantes ó procure la eufonía en sus versos, es pedir peras al olmo. Si hemos subrayado las palabras: *sintiendo, cuerpo, entero, primero, miedo Enero y muerto*, ha sido de un modo accidental. Lo que sí se debe pedir, ya no á Campoamor solamente, sino á todos los poetas habidos y por haber, es que se abstengan de regalarnos frases como la del *horror de cuerpo entero*, que provocan la risa en momentos en que la risa es lo que menos conviene.

Pues da un frío mayor que el mes de Enero
un muerto que parece que nos mira.

Aquí la anfibología se trueca..... ¿lanzamos la palabra?... se trueca en dislate. Campoamor quiso decir: *un muerto que parece que nos mira, da un frío mayor que el frío del mes de Enero*, y, sin embargo, lo que ha dicho es que el frío causado por un muerto que parece que nos mira es un frío más grande que el mes de Enero.

Una idea nos aflige, y casi no nos deja trabajar en calma: la de que todos nuestros malos *versistas*, D. Ricardo Palma inclusive, se van á creer ahora Campoamores, sólo porque Campoamor peca como ellos. Para evitar que tal suceda les advertiremos que Campoamor, ese de que hablan todos los críticos y á quien elogian todos los periódicos, no es el mismo que ha escrito *El amor de las madres*; nó, el Campoamor que ha escrito *El amor de las madres* es otro, cargado de años y de triunfos, que ya no se cura de su fama, pues es inmensa, y que lo que anhela cuando publica algún nuevo poema es algo que nos parece más prudente silenciar. Y con esta salvedad adelante!

Mas al fin, dominando sus terrores
la fuerza del espanto,
fué cubriendo su rostro bajo el llanto
un color que no existe en los colores.

Auxílienos el diccionario. «TERROR: miedo, espanto, susto, temor muy intenso etc.»

Si pues *terror* es sinónimo de espanto ¿mediante qué misterioso fenómeno la fuerza del espanto de Ana dominó los terrores de la misma? ¿Acaso según la filosofía del señor Campoamor, estos dos sentimientos son opuestos ó superior el uno al otro? Garantizamos que ni en *Lo Absoluto* ni en *El Ideismo* ni en ninguna de las notables

doloras en prosa escritas por el poeta español, se dice nada al respecto. ¡Qué sueño tan profundo ha tenido en esta ocasión el viejo Homero!

Pero menester será que apresuremos el paso, pues de lo contrario no concluimos nunca.

Voló de esta tragedia la noticia;
más como siempre á nuestro mal se junta
del hado, si es adverso, la malicia,
mientras llegó corriendo, la justicia,
los perros se comieron la difunta.

Por más empeño que hemos puesto para descubrir cómo la circunstancia de juntarse al mal la malicia del hado adverso, pudo influir en que los perros se comieran á la difunta (Campoamor suprime sin derecho la partícula *á*) no hemos logrado nuestro propósito. Que al hado adverso se una la malicia, y que unos perros, hambrientos de seguro, se coman un cadáver, son cosas de todo en todo diferentes, sin reciprocidad de ningún género; si bien la segunda inspira repugnancia atroz, capaz de originar un desenfreno bilioso.

Y hemos llegado á la mitad de la jornada; á la parte del poema que se titula: *La Niña y La Muñeca*.

Campoamor, con venia de sus lectores, prosigue su trabajo, y nosotros, con venia de los nuestros, haremos igual cosa.

IV.

Como al tratar de la segunda parte del poema objeto de este ensayo ó remedo de crítica, no nos es dado prescindir de la primera, tenemos que parar mientes en las repeticiones. Es increíble el número de veces que Campoamor emplea una misma palabra. Justino Franco, en su crítica á los fragmentos del poema *Luzbel*, de Nuñez de Arce, (1) dice que se experimenta en éstos la obsesión de cumbres y montes, y cita los siguientes versos:

Sobre estéril *picacho* que cubría.....
Por las vertientes ásperas del *monte*.....
Al trasponer espléndido la *cumbre*.....
El Sol al esconderse tras la *sierra*....
Pero invencible, y por el *monte* y llano....
Que se elevaba coronando un *risco*.....
Luzbel alzado
Sobre *peñón* altísimo.....
De pié sobre el *granítico cimient*o.....

¿Qué concepto se habrá formado el mismo crítico de la nueva producción de Campoamor? A ella se podría aplicar sin escrúpulo alguno la discreta opinión que, por supuesto en distinto sentido, emite M. Menéndez y Pelayo sobre el *Philippo* de Alfieri: *Un viento glacial corre por toda la obra y cala al lector hasta los huesos.* (2)

He aquí la prueba:

Hasta el agua del río
va aprisionando el *hielo*.....
Cubre el país la *nieve* y luego el *frío*.....
Nieve en la tierra y en el mar espuma.....
Pues da un *frío* mayor que el mes de Enero...
En el carro de *nieve* coronado.....
Sitio de horror que se quedó más *frío*.....
Como un polvo de *nieve* la neblina.....
Y la *nieve* después aquel Enero.....
Un *frío* tan intenso que dolía.....
El *frío* que hace dar diente con diente.....
Y sin temor al *hielo*.....
Se *enfrió*, se durmió, se quedó muerta.....

(1) Véase el número 71 de "La Revista Social."

(2) Estudios de Crítica Literaria. Pág. 324.

Se encontró con un *témpano de nieve*.....
Por dar á otro calor murió *aterida*.....

Hay que advertir, para que se note mejor el defecto apuntado, que todo el poema consta sólo de ciento noventa versos.

Si Campoamor no fuera, como es, un poeta de primer orden, y si no arrastrara tras de sí tantos imitadores, haríamos caso omiso de muchas de estas cosas; pero mediando ambas circunstancias, el amor que profesamos á la literatura nos mueve á usar alguna severidad.

¡Ay de nosotros si aquí, donde más de un talento se ha malogrado por la pereza y la ignorancia, se propagan las teorías campoamorianas! Quedaríamos expuestos á no contar con otra poesía que una prosa rimada, llena de repeticiones, de faltas gramaticales y de cuanto malo es imaginable. El cantor de *Granada* ha expresado una gran verdad en muy cortas líneas:

El verso que anda á pie, que coge barro
y fuma y se embriaga en las plazuelas,
no es el hijo de Apolo y de las Musas,
es un rufián de raza gitanezca. (1)

Si algo no necesita estímulo en el Perú, es la holgazanería. Con los dedos de la mano nos estaría permitido contar los escritores nuestros que no son unos Timoteos (2) ó embriones de tales. Los habitantes de Siracusa perdonaban la vida á aquellos de sus enemigos que recitaban de memoria versos de Eurípides. ¿Cuántos poetas peruanos, cuántos tradicionistas, cuántos académicos se habrían escapado del último suplicio á haber caído en poder de los siracusanos, y exigidoles éstos, no que recitaran versos de Eurípides, sino que diesen un examen de gramática?

Hemos leído varias críticas americanas, en cuenta la de A. M. Gómez Restrepo, publicada por "El Ateneo," y casi todas señalan faltas sintácticas cometidas por Campoamor. (3)

En *El amor de las madres* hay dos, y de muy regular entidad. Después del ligero proemio de la segunda parte, viene lo que al pie copiamos:

*Siendo ANA de esas almas escogidas
que, sin penas ni grandes desengaños,
como muchas mujeres de treinta años,
aun tiene unas muñecas escondidas,
para hacer á la niña mas dichosa
le compró en el bazar, LA PANADERA,
otra muñeca de cartón preciosa.*

La primera falta se nota sin ningún esfuerzo. *Siendo Ana de esas almas que aún tiene*, es concordancia vizcaína por sus cuatro costados. La segunda no es menos visible. Ana y la panadera son una misma persona, luego ni la índole de nuestro idioma, ni los preceptos de la gramática, se avienen con la repetición del sujeto en el sexto verso.

Por decididos que estemos á apresurar el paso, no lo conseguimos, tal es el número de obstáculos con que tropzamos.

¿Cómo habíamos, v. g., de dejar sin comentarios este pasaje:

(1) Zorrilla aludía á la escuela naturalista; pero nosotros damos á sus versos la única aplicación justa que pueden tener hoy.
(2) Léase el artículo de Larra *Don Timoteo ó el literato*.
(3) Restrepo indica estas:

El *Mundo* de sus deudos divertido
dejaban de nombrarlo.....
Mientras *necias* por valles y por lomas
aquella *fiel pareja* de palomas.

A la luz de la tarde que declina
cubriéndolos de un tinte funerario,
como un polvo de nieve la neblina
los montes envolvió como un sudario.

¡Cuanto que censurar en sólo cuatro versos! En primer lugar el verbo *envolvió* se halla á tres leguas de donde debía; en segundo, las frases incidentales parecen,—valiéndonos de un símil de Brunétière,—cubiletes de prestidigitador encajados unos dentro de otros, y no consienten casi ni que se adivine el pensamiento del poeta; en tercer lugar, si hay algo que no tiene tinte funerario es el polvo de nieve, blanco, semejante al armiño y de un aspecto pintoresco muy marcado.

A la luz de la tarde que declina, la neblina envolvió los montes como un sudario, cubriéndolos de un tinte funerario como un polvo de nieve. Esto, sin duda, pretendió decir Campoamor. Mas ¿de qué modo lo ha dicho? Enroscando las frases, prescindiendo de la claridad y con mengua de la elegancia. Además: ¿hasta qué punto es correcto que no concuerden los verbos *declinar* y *envolver*? Campoamor estaba obligado á escribir: *á la luz de la tarde que declinaba*.

Sin tomar en consideración una serie no pequeña de cosas de mal gusto (*un frío tan intenso que dolía, pensó la niña candorosamente, el frío que hace dar diente con diente etc. etc.*), fijémonos en este *quid pro quo*, que no carece de mérito:

.....
mientras que á ella la cubre desde el cielo
el ángel de la guarda con sus alas.
La razón natural es imperiosa
y, ya dormida, se cayó de sueño.

¿Quién según el texto se cae de sueño? Un punto tamaño separa el segundo pasaje del primero; y aún cuando así no fuera, la *razón natural* es el sujeto de la última oración; ella, pues, y no la chiquilla, se cae de sueño. Campoamor inconscientemente, ha hecho un epigrama. En su poema la razón natural se ha caído, y se ha caído con un sueño tan profundo, que no hay medio de que despierte.

con faz que no la habrá más espantada
el día en que la tierra desquiciada
eche al mar el Moncayo un terremoto.

Leopoldo Alas promete un hallazgo á quien encuentre el sentido de un fragmento que critica á Emilio Ferrari. ¿No vale la pena de prometerlo también á quien dé con el del que acabamos de copiar? ¿Cuál fué la idea de Campoamor? ¿Qué significa aquello de que la tierra desquiciada echa al mar el Moncayo un terremoto? En todo caso, suponiendo que hubiera un cataclismo espantoso, al Moncayo lo cubriría el agua; más nunca lo echaría la Tierra dentro del Oceano. Cuando se dicen las cosas como suele decir las Campoamor, se corre el grave peligro de que ó no se entiendan ó se entiendan mal; y es indispensable recordar el precepto de Quintiliano, á que en alguna ocasión aludimos: *Quare non ut intelligere possit sed ne omnino possit non intelligere curandum*. Es preciso, así mismo, que los poetas vistan de gala y acicalen sus creaciones si ambicionan que se salven de perpetuo olvido. Bien como versos sin ideas son maniqués de modista, así buenas ideas en malos versos, serán siempre perlas ocultas en el fango.

eche al mar el Moncayo un
terremoto.

¿No es sensato temer, ateniéndonos á este verso, que cualquier día tome el Moncayo, por el pescuezo, ó por donde pueda, á un terremoto y lo arroje al mar? ¿Y no

creen los lectores que este espectáculo [visto de lejos, desde luego] sería curioso?

Pasemos á otra cosa, hablemos, aunque sea ligeramente, de la personalidad literaria del autor del *Drama Universal*.

V.

En Campoamor hay dos hombres diversos. Uno que se amolda á las preocupaciones dominantes todavía en España, y otro que rompe todas las ligaduras del error y la superstición, para mostrarse como un librepensador. Si juzgamos al autor de *El Personalismo* por sus libros sobre filosofía y algunas de sus doloras, lo tendremos por un fervoroso católico, por un conservador tonti-loco, por uno de esos seres que, apesar de vivir en este siglo, respiran la nociva atmósfera de la Edad Media. Y si lo juzgamos por otras producciones suyas, lo consideraremos como un hijo de la ciencia contemporánea, como un discípulo aventajado de Schopenhauer ó Feurbach.

Con todo, la nota predominante en sus poesías [doloras y poemas] es la duda. Esto no impide que incurra en contradicciones, ó más claro, esto explica sus contradicciones.

Con la mayor sangre fría asegura que *humo las glorias de la vida son, que es igual la gloria de la virtud que el triunfo del egoísmo, que en este mundo todo es según el color del cristal con que se mira, que variar de destino sólo es variar de dolor, que todo es polvo y todo en polvo se ha de tornar, que todo lo ha fundado Dios sobre lodo y sobre arena, que no se sabe si el fin de esta vida es nuestra muerte ó es la muerte el principio de otra vida*;—y, con idéntico aplomo, sostiene que *es vano atacar la religión de Jesucristo, que morir es resucitar etc. etc.*

Campoamor, á nuestro parecer, es en realidad escéptico; pero en razón de figurar como corifeo de un partido político que, puesto en ello, defendería, cual verdades inconcusas, desde la creación en seis días hasta la infalibilidad del Pontífice romano; se vé precisado, de cuando en cuando, á disfrazarse de monacillo y cantar en el coro de los bienaventurados. «*Il connait son public, ce gaillard-la* y no le cuesta gran trabajo rociar con agua bendita sus audacias volterianas y sus arranques escépticos y pesimistas.» (1)

Si se nos pidiera que caracterizáramos el escepticismo de Campoamor, diríamos que no es, como el de Byron, un escepticismo terrible, que azota á manera de látigo el rostro de la humanidad entera, sino que es un escepticismo tranquilo, que se rie de cuanto le rodea, con la risa de una mujer coqueta, antes que con la carcajada de un Mefistófeles.

Y si se nos exigiera que explicásemos la causa de la diferencia de ambos escepticismo, agregaríamos que Byron era por su naturaleza hombre de muy exquisita sensibilidad, mal educado; cuyo corazón hubo de verse sometido, desde la más temprana juventud, á rudas pruebas; desgraciado en sus amores; cuyas primeras producciones literarias le causaron grandes contrariedades; cuya situación pecuniaria fué difícil á veces; que no logró conocer la felicidad doméstica; á quien el público trató con singular injusticia; que sufría física y moralmente las consecuencias de los hábitos disipados que había contraído [2]; y que, por el contrario, Campoamor no tiene motivos personales para ser escéptico, pues desde su niñez, hasta la avanzada edad que hoy cuenta, todo se le ha presentado color de rosa. Sus padres le dieron una educación sólida, y sus notables facultades le han hecho acreedor á la consideración de sus conciudadanos y de los gobernantes de la Península, quienes le han dispensado todo género de protección.

(1) Obras de Revilla. Pág. 66.

(2) Estudios Literarios por Macaulay. Pág. 177.

La forma dramática de la mayoría de las doloras de Campoamor, es una prueba incontestable del doble papel que juega el vate español. Las más atrevidas de sus ideas las pone, por lo común, en boca de un tercero. Procede como el mono robador de castañas.

Laverde Ruiz, autor del prólogo-crítica de la décima edición de las *doloras*, á fin de salvar á Campoamor de la nota de escéptico, asevera que éstas se ofrecen como cifra y compendio del complicado drama de la vida, con su *exposición* en la esfera de los sentidos, su *nudo* en las profundidades del alma y su *desenlace* en el cielo. Pero todo el ingenioso edificio levantado por el erudito filósofo español, cae en tierra si se advierte, con el ya citado Restrepo, que los *pequeños poemas* han sido escritos después de las *doloras*, y que en todos ellos se muestra Campoamor pirronista.

Sentado lo anterior, ya no hay que sorprenderse porque *El amor de las madres* finalice así:

Cual su madre también la niña aquella
por dar á otro calor murió aterida.
¡Altos juicios de Dios! Fiel á su estrella
al dejarse morir por dar la vida
ya el genio de la especie hablaba en ella.

Campoamor, que se ha burlado de la ciencia experimental, que ha ridiculizado á su gusto á Mata por que sostenía que los actos psíquicos son funciones sometidas á las leyes de la organización, (1) que ha menospreciado á Bacon, y que habría pedido la crucifixión para Darwin; acepta íntegra la teoría de la herencia, y atribuye la abnegación de la hija de la pordiosera (contraria como ya hemos demostrado al instinto de conservación) á un simple caso de *atavismo*. ¡Valiente manera de ser filósofo espiritualista! ¡Bello modo de elevar la metafísica á la cúspide de la filosofía!

CARLOS REY DE CASTRO.

REVISTA DE LA QUINCENA.

El acontecimiento más notable de la quincena en el orden político, la manera como el segundo Congreso extraordinario de 1888 clausuró sus sesiones.

Frente á frente la tenacidad de la titulada mayoría parlamentaria con la justa resistencia del grupo independiente, la mayoría presentó una proposición con el objeto de dar por debatido el *Contrato* en el momento que quisieran, para votarlo á las volandas. Tamaña iniquidad sublevó los ánimos dentro y fuera del Palacio Legislativo, y comenzó la lucha entre los que intentaban avasallar la libertad en la discusión y festinarla, y los que en defensa de los intereses del país querían amplitud en el debate y escurioso examen de las cláusulas del *Contrato*. Así las cosas, el grupo independiente intentó una conciliación, sin resultado, pues para la titulada mayoría el hecho no era de mayor ó menor conveniencia nacional sino de interés personal y de amor propio.

Llega el día de la clausura y se efectúan sucesos que es necesario mencionar.

La titulada mayoría, de acuerdo tácito ó expreso con el Gabinete, resuelve esperar que se repita la falta de todos ó algunos de la minoría para pedir la vacancia de sus puestos y hacer lo que se llama una papelada completa; ordena, para el caso, que no forme la guardia y confía en que la barra mercenaria infunda temores á los del grupo independiente, sirviendo como de guarda espaldas á los autores de este plan. Se reúnen en casa del Presi-

dente Valle y aguardan el suceso para constituirse en masa en el salón de la Cámara de Diputados y llevar á cabo su proyecto.

La minoría se presentó en su puesto y el pueblo ocupó las galerías de la Cámara, el pueblo honrado que con su número y calidad personal arrojó fuera de aquel recinto á los pagados.

El fiasco no pudo ser mayor. Desorientados por completo, desalentados e inlecesos, dejaron correr las horas en la más desatinada expectativa: entretanto la minoría [45] pide que se compela á los inasistentes, hace venir la guardia, comienza su sesión y deja constancia de la ausencia de los contratistas, llama al Senado para verificar la clausura, y, á la hora prescrita por el uso, se vé obligado el Presidente Valle á declarar terminadas las sesiones de la Cámara de Diputados. El Senado clausura sus sesiones en su Cámara, y casi todos los que no concurren á este acto son los empecinados adoradores del *Contrato*. Al terminar las sesiones, los senadores *gracistas* son insultados y amenazados por el pueblo: la excitación contra ellos era fuerte y general.

* *

Todos los más grandes políticos de la República: los Rosas, los García Calderón, los Forero; todos los aprendices de políticos: los Chávez, los Pérez, los Lorente; todos los pasantes de esa escuela: los Valcárcel, los Valle, los Rodríguez; se juntaron en discusión solemne para deliberar acerca de la actitud que debía asumir la mayoría y el gran golpe con que el Gobierno debía anonadar á los *independientes* y dejar estupefacta á la República; y como era preciso que las naciones extranjeras se aleccionaran en lo que resolvieran nuestros prohombres, hubieron de tener conocimiento del acuerdo los Meternich del Gabinete.

“Un manifiesto y pedir la vacancia de la minoría de la Cámara de Diputados.”

Se acordó el manifiesto, se encomendó su redacción á los más conspicuos talentos y fué presentado para la firma del *cónclave*; “yo firmaré la exposición de los hechos, dijo uno, pero no acepto el pedido de la vacancia”..... Nueva deliberación de sabios, pues se trataba de la obra magna de la titulada mayoría.

Se convino en hacer una modificación que consultara todos los pareceres, y resultó el parto de los montes.

El manifiesto fué presentado al Presidente de la República por una comisión especial, á hurtadillas, como quien lleva un documento clandestino. El Jefe del Estado lo leyó, y viendo que faltaba la firma de uno de los comisionados, nada menos que el Presidente de la Cámara de Diputados, —¡cómo! dijo, ¿y la firma de US?

— “Excmo. Señor, está en la nota”

— “Nó, debe estar en el manifiesto”; y mandó traer una pluma.

Su Señoría, un poco amostazado y apeado de la maroma, suscribió humildemente su sentencia,

— “Está bien, agregó el General Cáceres, y guardó en su faltriquera aquella intriga.

“Está bien”, suponemos se dirían los comisionados y con ellos el Gabinete mirándose las caras.

Y estuvo bien, porque la tranquilidad no se alteró ni un escándalo mas vino á sorprender á los pacíficos moradores de la nación.

* *

Se afirma la renuncia del Ministerio. Si el cambio de Ministros implica abandono del *Contrato* Grace y política de orden y economía, está bien; pero si sólo se realiza una sustitución de personas con las mismas ideas, está mal: no sería muy difícil que lo nuevo fuera peor que lo viejo.

* *

“La prensa seria”, ridiculo calificativo con que se designa á si misma la prensa tonta y mal intencionada, empezó á poner el grito en el cielo; y mientras los hombres de bien aplaudían la conducta del General Cáceres,

(1) Polémicas—Pág. 283.

sus llamados amigos, los que atisban en las antesalas de Palacio, le aconsejaban el desacierto; y el Gabinete, sorde con la consigna, ha seguido jactándose de una confianza que no tiene y desafiando impavido el reproche de todo el mundo.

* *

Las relaciones de nuestra Cancillería con la francesa no son muy cordiales por ahora.

A consecuencia de cierta nota del señor Alzamora, monsieur Goblet telegrafió al Ministro francés en Lima, diciendole entre otras cosas:—«Quejaos en nuestro nombre del procedimiento del señor Alzamora, y declarad «inexacto que los tenedores franceses acepten el contrato».....; y concluyendo así: «y no podríamos admitir «que el señor Alzamora emita una duda sobre la legitimidad de nuestras afirmaciones á este respecto».

Nuestro Ministro de Relaciones Exteriores contestó á monsieur de Piná con un documento que significa una verdadera vergüenza para la Nación; eso no se llama nota diplomática, sino alegato de tinterillo; no lenguaje claro, sino jerigonza.

Se quiso disipar el mal efecto de todo esto haciendo terciar al Ministro inglés en Lima y publicando no sabemos qué notas y partes telegráficas; pero en esta cuestión, como siempre en casi todas, representamos el feo papel.

Hay la tendencia de aceptar la tutela del Gobierno inglés ó de Salisbury.

* *

Dos cosas han venido á tocar nuevamente en la conciencia de los que buscan por camino mas seguro la prosperidad de la República; ambas de orden distinto: el buen éxito con que se continúa trabajando en la apertura del camino del Pichis; y la implantación del ferrocarril de Piura á Catacaos junto con el estudio para la irrigación de terrenos en aquel feraz Departamento.

A este género de trabajos lentos y que sólo reclaman interés de nuestro Gobierno, acierto para su dirección y constancia, no ha consagrado la prensa seria sino renglones de gacetilla; y el comisionado venido desde el Pichis ha estado mendicando favor en las antesalas del Ministerio, como si se tratara de un negocio particular.

Es lástima que Grace no tome á su cargo semejantes asuntos: su varita mágica haría brotar nubes de periódicos que apoyaran esas obras, y la diligencia de los patriotas sería inimitable: sólo él conoce el secreto de mover á nuestros escritores y hacerlos maniobrar como un batallón disciplinado.

Se habla también de una línea telegráfica que deberá unir Lima con los pueblos del rico Departamento de Ancash, pero «El Sol», en su número 301, asegura que *«se carece de todo elemento para que se puedan construir nuevas líneas, que falta desde el personal hasta el material»*.

Lo de la Escuela-Taller proyectada por el Municipio de la Capital, tememos mucho que sea un reclamo para las elecciones.

* *

A propósito de Municipalidad, el señor José Félix Luque, antiguo Ministro del Ecuador en el Perú, ha publicado un folleto «Causa célebre sobre valiosas propiedades del pueblo de Lima». Allí denuncia hechos que nada tienen de honrosos para los herederos de don Manuel Mendoza y Boza ni para la Municipalidad. Aquello aparece como una escandalosa usurpación por más de treinta años con anuencia ó complicidad de algunos jueces y concejales, pues la deuda por sólo el producto del inmueble pasa de 40,000 soles plata, en opinión del antiguo alcalde Roca y Boloña. Según el autor del folleto, *«un individuo relacionado con el detentador dijo: Luque tiene la razón y el derecho de su parte, pero nosotros tenemos dinero é influencia»*.

Confiamos en que los hechos desmientan estas cínicas palabras.

* *

La oficialidad de la «Argentina» sigue recibiendo señaladas manifestaciones de estimación. No queremos ver en las muestras de simpatías tributadas á esa digna oficialidad, únicamente la gratitud del pueblo hermano hacia quienes rindieron homenaje á nuestro compatriota ni el deseo de perseguir el afecto de una nación: es la vieja amistad de dos países que aprovechan una ocasión para renovar sus vínculos de unión. El pueblo argentino no tiene para nosotros envidia ni rencores, como nosotros no tenemos por él mas que admiración y respeto: es pueblo que alienta los más bellos ideales de la democracia americana, y sabe bien que el Perú, en medio de sus infortunios, conserva todavía el culto de la libertad.

La nota discordante en todos los agazajos hechos á la «Argentina» estuvo en los discursos; se ha disparatado de lo lindo; pero es curioso notar que el discurso menos malo parece el de un marino, y el peor, el que hizo reír á medio Lima, el de R. Rossel. ¡Cosa muy buena!: aquí los marinos disparatan menos que los presuntuosos literatos.

* *

Nuestros teatros han permanecido desiertos. Tula Castro pisó la escena sin la buena fortuna que para sus talentos y sus méritos hubiéramos deseado: es una actriz un tanto fatigada por el trabajo, pero siempre muy notable.

* *

Los tontos y los que no siéndolo cometen de cuando en cuando tonterías gordas, se han alborotado para conseguir recursos pecuniarios á un bordador que trabaja una monstruosa enjalma destinada á la Exposición de París.

Recordamos que el mundo entero prorumpió en una carcajada porque en cierta Exposición figuramos con unos ridículos frascos de guano; y creemos que con justicia se volverán á reír de nosotros al ver esos escudos y champones que no expresan idea ninguna ni tienen mérito de ninguna clase, á no ser la paciencia. El arte de bordar ha llegado en Francia á tal perfección, se hacen tales cosas á máquina, que la obra de Genaro Corzo será junto á ellas como la flecha de un salvaje junto al rifle de Lebel.

Esto dará una falsa idea de nosotros: no carecemos de fábricas en Lima y el interior; tenemos buenas haciendas de caña ó panllevar, exportamos hoy gran cantidad de metales; y mandamos á París una obra de semejante calibre. ¿Somos un país de bordadores ó pasamaneros?

Si no podemos figurar bien con nuestras antigüedades, con nuestros productos agrícolas, con nuestras obras fabriles ni con nuestros minerales, no figuremos en la tal Exposición.

* *

Tenemos que recordar un hecho nada conforme con el espíritu de tolerancia, arraigado ya en otros países.

Ultimamente llegó al Departamento de Arequipa un misionero italiano con el objeto de repartir una colección de Biblias; pero la autoridad civil y la eclesiástica, que hacen allá muy buenas migas por aquello de que un lobo no muerde á otro lobo, se pusieron de acuerdo, y no sólo confiscaron los libros sino encarcelaron al pobre misionero. Se disculpa semejantes arbitrariedades alegando que las Biblias no llevan notas de la Iglesia.

* *

Indigna, verdaderamente, leer el recurso presentado al Gobierno por la señora viuda de Lasarte; mejor dicho, recordar los ultrajes inferidos á las cenizas de un ciudadano honrado y trabajador, por efecto de la intolerancia de un clérigo bilioso y casi hidrófobo, y el fanatismo torpe y ciego de un ministrillo de circunstancias.

En ese recurso pide la señora de Lasarte, la exhumación de los restos del que fué su esposo, del cuartel de infieles al departamento de los que, por ironía, se titularon alguna vez católicos.

¡Profanar los despojos del hombre, es decir, del infeliz que tras de soportar la injuria de la vida tiene que llevar al sepulcro la esperanza de una eternidad ridícula y vergonzosa! ¡Y que este atentado á las leyes de la Naturaleza y este ultraje á la virtud social no haya sido castigado

hasta hoy, es una afrenta para la Nación que contempló impasible la consumación de tal iniquidad; afrenta que hace hervir de indignación la sangre de cualquier hombre por miserable que sea, excepción hecha del cura Bandidini y del ministro que, con harta justicia, podríamos llamar sacristanzuelo, don Arturo García!

Por eso dijimos y continuaremos diciendo, que indigna recordar las tropelías y vilipendios de que fué víctima el cadáver del señor Lasarte.

¡Ojalá sean escuchados los lamentos de su virtuosa viuda!

Tenemos que lamentar en estas columnas, la muerte del miembro correspondiente del «Círculo Literario» en Guatemala, Señor Buenaventura Saravia, joven de raras prendas y de gran talento, que había llegado á ocupar á la temprana edad de 27 años, altos y honrosísimos puestos en su adelantada patria.

El Señor Saravia había sido Diputado á la Asamblea Constituyente de 1883 y á los Congresos de 1884, 85, 86 y 87; miembro y secretario del Consejo de Estado, miembro y bibliotecario de la Academia Correspondiente de la Española, miembro del Ateneo guatemalteco, redactor, en junta de Manuel Valle, Manuel Dardón, Alberto Salazar, Ricardo Moreno y N. A. González (socio fundador activo el último y actual secretario y correspondientes los otros del Círculo Literario de Lima) del *Diario de Centro-América*, que es el primer periódico de la América Central.

La muerte ha sorprendido á Saravia desempeñando las funciones de secretario de primera clase de la Legación de Guatemala en Méjico.

A más de todos los títulos que acabamos de mencionar, Saravia era Abogado de los Tribunales de Guatemala, secretario y profesor en el Instituto Nacional, escritor correcto en prosa y poeta inspirado.

Sus ideas eran las de todo joven que ama á su patria y quiere romper las cadenas que ligan á estos pueblos americanos al poste de la teocracia: radicales.

Tuvo Saravia, á imitación de Victor Hugo, la dignidad y energía suficientes para conservar ileso su conciencia hasta en sus últimos momentos, sin embargo de las insinuaciones de un fraile que quiso abusar del mal estado de salud en que se encontraba nuestro consocio, para apoderarse de secretos tal vez sagrados.

Saravia, como todo hombre que estima en algo la honra de su casa, rechazó con indignación al intruso fraile; y murió en paz.

El Círculo decidió en su última sesión, por unanimidad de votos y á petición de los señores Patrón Pablo, [Vice-Presidente] Amézaga Carlos, [Vice-Presidente] Rey de Castro Carlos, (Secretario) González N. A. [Secretario] Secada F. A., Barreto R., Montani A., Rios R. R., Quimper Alberto, [Tesorero] y otros, que por secretaría se pasase una nota á la familia del finado compañero, dándole el más sentido pésame en nombre de la sociedad.

Cumpliendo la oferta que hicimos en nuestra revista anterior, de exhibir las pruebas que atestiguan la magnífica acogida que en toda la República ha tenido EL RADICAL, y los elogios y alabanzas que en el extranjero se tributan al Círculo y á su periódico; presentamos las siguientes:

Hé aquí la primera.

El señor Amadeo Izquieta, literato ecuatoriano, expresa en un artículo bastante conceptuoso, publicado en el primer número de LA REVISTA LITERARIA de Guayaquil, la necesidad y casi obligación que tienen todos los pueblos de organizar sociedades que fomenten en la juventud el gusto por las bellas artes, y por todo lo que tienda á

desarrollar la inteligencia y perfeccionar los sentimientos del hombre.

El artículo de que tratamos, á más de ser correcto y galano en su forma, manifiesta los conocimientos histórico-literarios que posee su autor, á quien saludamos muy cordialmente, agradeciéndole, á la vez, los honrosos conceptos con que se digna favorecer al Círculo Literario de Lima.—Dice así:

La juventud estudiosa de Lima, la culta capital de nuestra vecina y hermana la República del Perú, nos ha dado el ejemplo reinstalando el *Círculo Literario* que hace algún tiempo fundaron varios jóvenes literatos de esa ciudad, y que había permanecido en la inacción por causas independientes de la voluntad de sus socios. El resultado ha correspondido á sus deseos, y actualmente dicho *Círculo* funciona con verdadera actividad, mereciendo el aplauso de la sociedad ilustrada de todas las repúblicas donde se ha tenido conocimiento de su existencia.

Hé aquí la segunda.

Conforme lo anunciaron en tiempo todos los periódicos de la capital, apareció el primer día del año el periódico que servirá de órgano al Círculo Literario, con el significativo nombre de «El Radical».

«El Círculo,» asociación notable, compuesta de todos los talentos jóvenes que trabajan por la literatura nacional, está llamado á ocupar, más tarde, una colocación importante en el rol de las de su clase.

Fundado por Luis E. Márquez, con un número no crecido de miembros, cuenta hoy, en sus distintas clases, con la cooperación de casi todos los hombres notables de la República, por su inteligencia y erudición.

Su Presidente Señor González Prada, que lo es vitalicio, es harto conocido en las letras nacionales y bastante renombrado por su discurso para la fiesta de las escuelas el 28 de Julio; discurso que nuestros contados lectores tuvieron ocasión de ver en uno de nuestros números anteriores.—Del señor Prada es el artículo de fondo que trae «El Radical».—He aquí como dice en una de sus partes, en que encontramos mucho criterio. «Donde se profesa la mentira, etc.

Con esta línea de conducta es de esperar mucho de la hoja periódica que lleva en sí las ideas más independientes y elevadas.

Después del artículo á que nos hemos referido, trae en prosa «El Militarismo».

Deseamos á «El Radical» la más larga vida.—De *El Album de la Juventud*. Piura.

* * *

Vamos á terminar con unos pocos párrafos dedicados a «Blanca Sol».

La prensa chilena y boliviana ha cumplimentado á la escritora, hiriendo al país de sus odios; y casi por humillar nuestra vanidad, más que por estimular y aplaudir á la autora, ha emitido sus juicios sobre la obra de la señora Carbonera.

La novela no es de las que pueden despertar el eco que suponen sus apreciadores, ni con mucho puede significar para nuestra sociedad *de todas las prostituciones* (1) un reproche severo ni producir el objetivo que pudo figurarse la autora.

Ohismecillos caseros le han supuesto índole que no tiene y dado una intención que bien pudo ser de la autora, pero que no se manifiesta claramente.

(1) Palabras de un diario extranjero.

IMP. DELUNIVESO DE C. PRINCE

CALLE DE LA VERACRUZ N.º 71